



PROSISTAS CANARIOS

LA JAIRA

por Miguel Sarmiento
(1876 – 1926)



I

La multitud saludó con vocerío alegre la aparición distante. De la sombra de las higueras, que conservaba la frescura del amanecer, salieron hombres, mujeres, chiquillos gesticulando, corriendo, gritando a la desbandada como un hormiguero deshecho. Las camisas blancas y los refajos rojos de la multitud relucían brutalmente en la lava negra, en el paisaje triste, lleno de sol. Con estrellas en el cielo había subido la colonia hasta las Cumbres a recibir la rama con que habían de adornar el barrio de Janubio, en el día de la virgen negra, su patrona. La rama cortada en los bosques de la aldea nativa, al otro cabo de la isla, en la banda del Sur.

De pie, en mitad del camino, Juan Tenique y el Tío Dámaso, borracho como una uva, acogían con el mugido de un caracol y el roncar de una zambomba el arribo de la caravana. Sordos a aquel guirigay, descendían, los camellos lentamente barriendo los atajos con las montañas de hojas que los cubrían agitadas aún por el contento de la arboleda madre. Tenique dejó en seco de soplar, amparóse con una mano los ojos cegados por la luz, miró y arrancó a correr al encuentro de la recua. ¡Rediós! ¡Con aquella gloria de los brotes nuevos venía Amparillo, la Jaira, la hija del tío Cachito, su prima, la víctima de sus crueldades de mataperros y ahora la tentación de sus años de mozo.

Al encontrarse, él le dio un empujón que la hizo tambalear y ella le soltó un revés que Tenique esquivó con una agachada.

— ¡Amparillo! ¿Tú?
— ¡Sí, yo!
— ¿A qué vienes?
— A vivir con mi padre.
— ¿Pero estás loca?
— ¡En mis cabales estoy!
— ¡No ves que tu padre ha de matarte a golpes! ¡Cada día trinca más!
— Bueno; que me mate; pa eso es mi padre. ¡Allá, en el

pueblo, en casa de la madrina todo son palabritas de miel! No te riñe, no, pero te revienta a trabajar. Que el chiquillo se despierta a media noche: ¡Amparo! Que hay que lavar la ropa: ¡Amparo! Que encender el fuego: ¡Amparo! Que ir a por gofio: ¡Amparo! Que regar: ¡Amparo! Que dar de comer al cochino: ¡Amparo! Y esto, y lo otro y lo demás allá. ¡Ea, me cansé! ¡Aquí estoy!

— ¡Bien has hecho! pero tu padre, tu padre... Yo no sé qué decirte. Está perdido.

— Pues por eso. ¡Por él vengo también! Sí, bebe más que nunca. Lo sé, lo sé y...

La moza no pudo acabar la frase. La gente asaltó la rama. Cada cual tiró de un gajo. Quien amarró el pañuelo a modo de bandera al extremo de un tronco; y quien se colgó del cuello las botas maldecidas que le impedirían brincar a gusto. Mugió el caracol, roncó la zambomba y, al compás de un ritmo bárbaro y en remolinos de una danza salvaje, avanzó la multitud. En la luz deslumbradora, en nubes de polvo se bamboleaban las grandes ramas; flameaban los sayos bermejos, y los pies desnudos azotaban locos la tierra caliente. Los hombres borrachos de sol y alcohol se dejaban caer contra las mujeres sudorosas; gritaban los muchachos, ladraban los perros; y a la cabeza de la comitiva una vieja negra y enjuta bailaba solemnemente, bajos los ojos y las canillas al aire, alzando, casi en peso, en cada vuelta, a un chiquitín rubio y sucio que la seguía, llora que llora, asido a la falda...

II

De tiempo en tiempo Juan Tenique dejaba de soplar el caracol e intentaba ceñir con un brazo la cintura de la moza. Amparo huía el cuerpo y alzaba la mano:

— ¡Mira, tú!

Y él, con la gran boca llena de risa exclamaba entonces, haciendo una pirueta:

— ¡Amparo, Amparillo, qué alegre estoy!

Al fin se convenció Tenique de que la Jaira llegaba tan ▶

LA JAIRA

zahareña como de costumbre en punto a zalamerías. Sosegóse y departieron tranquilamente. Pues sí, Amparo volvía a reunirse con su padre, en el Puerto. Era cosa resuelta. ¿Que el viejo estaba perdido? ¿Que el vicio, la caña, le envenenaba? Razón de más para no dejarle solo. ¿Que el negocio del tenducho iba peor que nunca? Allí estaba ella para levantarlo. No temía la ira ni los golpes de su padre. Era ya moza y fuerte. Le dominaría.

Tenique estuvo tentado de desengañarla. Llegaba Amparo demasiado tarde. Ciego sería el que no comprendiese que al tío Cachito le quedaba correa para muy poco tiempo. Y en cuanto al negocio, no había salvación posible. En el corral de Chano Brito estaba varado y hecho un cesto, hacía meses, el bote en que el viejo y la moza, niña entonces, cambulloneaban hacía años al costado de los vapores.

En la tienda sólo quedaban los anaqueles, un cesto de higos comidos de moscas y cuatro garrafas de ginebra que el viejo mermaba con más asiduidad que los parroquianos. No restaba otra cosa que el casetón de madera que el tío Colás, el prestamista, disputaba ya por suyo, en garantía de unas pesetas anticipadas a su compadre Cachito, en trances de aprieto.

Sin embargo, Tenique calló. No quería amargarle la llegada a Amparo. Tiempo habría de enterarla de tantas desventuras. Además Tenique acariciaba sus proyectos: su madre tenía ya muchos años, en la casa iba a faltar una mujer... Quizá, quizá la miseria decidiría a la moza reacia hasta entonces a los requerimientos del cariño. El recurso no era muy noble. Pero ¡qué diablo! No quedaba otro.

Rendida y silenciosa, llegó la caravana al Puerto. Depositada la rama frente a la ermita, Amparo díjole a Tenique:

—Yo no entro. Me voy a casa.

—Voy contigo. Pero antes verás a madre. Casa viene a mano.

La chica permaneció un instante ensimismada. Allí, en su interior, como de costumbre, era ella sola la que decidía lo que debía hacer, sin acatar imposiciones ajenas. Al cabo dijo:

—Bueno. Vamos a tu madre.

Al arribar al corral de Tenique, la vieja se entretenía en barrer el gallinero. Al oír pasos, se incorporó y se detuvo rodeada de las gallinas. Su cuerpo era pequeño, su cara un corcusido; sus ojos de liebre se clavaron en la joven.

—¿Quién eres tú? —le preguntó.

Y la muchacha le respondió sonriendo:

—Yo soy Amparo, hija de Marta su prima.

Entonces la vieja le tendió los brazos y la besó.

III

Hacía poco más de un año que Juan Tenique era hombre de juicio. Cansado de "huesear" por muelles y playas, se había puesto al remo en el bote de un amigo. Cambullonearon con suerte; hizo Tenique sus ahorros; y se estableció por su cuenta. Y en el bote, el "Celaje", se pasaba la vida.

¡Un verdadero "yacht"! A bordo no faltaba nada: almacén para los tabacos; perchas para los plátanos y naranjas; galería para los canarios; cámara para la Marsellesa y toldilla para Garibaldi. Garibaldi y la Marsellesa eran los puntales del negocio. Encerrado en su jaula, al costado del bote, si toco o no toco en el mar, cantaba la Marsellesa de sol a sol. No había en el Puerto canario tan prudente ni filarmónico. Ninguno como él atraía y cautivaba al comprador incauto; ninguno enmudecía tan a tiempo para que el amo lo substituyese por una hembra en la jaula ya vendida. En mil ocasiones lo habían comprado y en mil ocasiones las manos hábiles de Tenique lo habían substituido. Quedábase la Marsellesa alegre en el "Celaje" mientras que allá, en los vapores, camino de América, iban las pájaras con su ¿píiii? interrogador y monótono lanzado, como una burla, a las narices del viajero hastiado. Era la Marsellesa una joya y necesitaba un guardián que la custodiara en las

ausencias del amo. Para eso iba a bordo Garibaldi, el perro, el segundo del bote. Asomado a proa, con una pata en el aire —resabio de una cojera inveterada— Garibaldi hacía frente a cuanto se le ponía delante de las narices: a los remolcadores, a los "candrays" del carbón, a las moscas, a los trasatlánticos, al Sol, a la Luna, a las nubes, a todo.

La vuelta de Amparo vino a mudar las costumbres de Tenique. Hasta entonces el cambullonero había compartido las pocas horas que pasaba en tierra entre la casa de su madre y el Criadero de los Pájaros adonde solía ir a echar un pitillo con Chano Brito, el "físico" de los canarios, y a ensayar unas guajiras en un acordeón medio afónico. Mas desde que Amparo estaba allí, en el Puerto, Tenique no encontraba reposo lejos de ella: la casa se le venía encima, en el bote se desesperaba. No se sentía bien más que en el tenducho limpio y alegre desde que la moza asomó por la puerta. Los primeros días pretendió Tenique mangonear en el interior del casetón; pero la muchacha paró los pies y le dijo muy decidida, señalando el portillo del mostrador:

—¡Oye, tú! De aquí para acá no entra más hombre que mi padre. Ahí está el banco y en él te sentarás cuantas veces quieras darme palique.

El cambullonero se resignó, y allí, en el banco, hizo desde entonces sus fondeos más prolongados. Llegaba, sentábase, liaba una colilla, cruzaba los brazos en el borde del mostrador, apoyaba la barba en ellos y sin chistar, con el pitillo colgado de la boca, permanecía como un bobo ante el ir y venir de Amparo. La vida luminosa y cálida del mediodía palpitaba en el paisaje. Fuera, en el muelle, gualdrapeaba el toldo colgado del dintel. Por debajo del volante llameaba, al sol, la carretera donde un bando de palomas comía el trigo derramado por un carro al pasar. Junto a la tienda, en un zaquizamí sin luz, roncaba el tío Cachito regurgitando el aguardiente de la última curda. Y sobre el cuadro del portal de la marina, en el fondo esplendoroso de la dársena, y a través de un rigodón de cuatro moscas, pasaba y volvía a pasar Amparo como una tentación al alcance de la boca de Tenique, eternamente sedienta.

Cambiaban pocas frases: ella porque le adivinaba las intenciones; él porque estaba seguro de no acertar a decirle lo que quería. Al apurar la copa, Tenique se echaba a la carretera, sin decir adiós.

IV

La guerra había estallado en Europa. Destruída por los ingleses la escuadra del príncipe Federico de Prusia, y fracasada la invasión de los alemanes en Inglaterra, prolongábase la lucha con odio y desesperación en Alemania y Francia, en las colonias, y en todos los mares frecuentados de los pabellones enemigos. Una ola de sangre pasaba por el mundo y, en medio de la locura bárbara de los pueblos azuzados por el militarismo y los agiotistas codiciosos, la isla lejana, neutral en apariencia, vivía en zozobra a merced de las naciones rivales. Hacía quince días que el Puerto adivinaba la tragedia en el desfile de buques enemigos; en los grandes trasatlánticos refugiados en la dársena perseguidos por la artillería de los cruceros ingleses; en el eco del cañoneo que el viento llevaba hasta tierra; y en el destello de los reflectores que durante la noche escudriñaban el mar frente a la isla.

La violencia y la inquietud de la lucha contagiaban a las gentes. En las tabernas del Puerto se vociferaba día y noche. En los burdeles andaban a tiros y botellazos la marinería de los barcos mercantes franceses y alemanes. Referíanse cosas estupendas a bordo de las candrays, que durante la noche esperaban, abarrotadas de carbón, la recalada precipitada de los buques fugitivos. El almirante inglés amenazaba con bloquear la isla y apoderarse del Puerto si suministraba a los barcos contrarios una tonelada más de combustible. Y a última hora se complicaba el conflicto con la presencia de dos cazatorpederos alemanes llegados con el propósito, según unas noticias, de escapar a la persecución de los ingleses y según otras, de atraer la atención de la escuadra contraria para facilitar el paso de una expedición militar a las colonias. El almirante

exigía la salida o el desarme inmediato de los barcos; y allí, en los límites de las aguas jurisdiccionales, estaba ya una división de cruceros dispuesta a cumplir sus órdenes.

La guerra y la buena mano de Amparo llevaban en volandas el negocio del caserón. Frente al tenducho, en torno a las mesillas, se prolongaban ahora las conversaciones, estallaban las disputas y se consumían el aguardiente y la ginebra a litros. Y, sin embargo ¡lo que es la suerte! la fortuna fue la ruina del tío Cachito y la Jaira. La prosperidad del tenducho excitó la codicia del tío Colás, el usurero. "A poco que continúe la racha —se dijo— ese me afloja lo que le di y pierdo el negocio". Y desde aquel punto y hora no dio respiro a su víctima. En cuanto le pescaba a su alcance le endilgaba el responso: "Mire, Cachito, que yo quiero cobrarme de algún modo lo que me debe. Toma y daca: usted me entrega el casetón, el palomar y la tienda y yo, para saldar en junto, le doy el bote. Viejo es, pero está cubierto, y con un retoque pueden ustedes apañarse para vivir a bordo. En él podrán ganarse el pan y camparse mejor que el rey en sus palacios. ¿Sí, o no? Mire que si usted no va por las buenas, iré yo por las malas; mire que..."

Cuando el aguardiente no le cegaba, el tío Cachito asentía resuelto a las proposiciones de su acreedor. No había más remedio, no le quedaba otro respiro. Estaba endeudado hasta la coronilla. La culpa era suya. Por el vicio cochino había malogrado un negocio de ángeles. Se había bebido el porvenir. ¡Y pensar que se habrían hecho de oro Amparo trajinando en el mostrador y él en el cambulloneo a la vera de los vapores! El tío Colás estaba en lo justo. Y, sin embargo, Cachito no se decidía. Dolíale perder la tienda donde su hija le aseguraba un pasar fácil; sentía renunciar al casetón donde, en los días de jumera gorda, encontraba abrigo contra el hambre y los mataperros del muelle. Y le amedrentaba la rechifla que le haría toda la chusma del Puerto al saber su cambio de domicilio. Ninguno ignoraba que él, Cachito, había sacrificado el bienestar de la muchacha a la bebida pastelera.

Amparo no se inmutó al enterarse de la premura con que el prestamista asediaba a su padre. Vio de remediar la deuda, buscó y no encontró crédito entre las contadas personas amigas, se opuso a que Tenique empeñara el bote y cometiera otras locuras a las que parecía inclinado por afán de ahorrarle tamaña pesadumbre, se negó en redondo a vivir con la madre de su primo, y echó muy resuelta por la calle de enmedio: reclamó del tío Colás el traspaso y la reparación del bote prometido, y una vez éste en el agua, con dos cestos de fruta, dos jergones, un brasero y cuatro chirimbolos en la estiva, entregó la llave de la tienda y se embarcó con su padre. ¿La suerte lo quería así? Pues ya estaba satisfecha la suerte.

V

Lejos, en la mar, clareaba la aurora. En las tabernas, a lo largo del malecón, brillaban luces diminutas eclipsadas, a veces, por grupos de carboneros que acudían a tomar la "mañana". Allí, en lo alto, en lo más oscuro del cielo, brillaban las estrellas con la inquietud siempre triste de su adiós. En el reposo del Puerto dormido resonaban carcajadas, gritos, reniegos. En el agua muerta saltaban los sargos al paso de un remolcador que arrastraba tras de sí una ringlera negra de lanchones. El remolque era pesado, y la máquina pujaba asmática con esfuerzo supremo. Desde fuera, hacia los muelles, avanzaba un jirón de niebla pausado y silencioso como sombra de una isla vagabunda. Y perdidos, esquivándose en la niebla, entraban dos trasatlánticos altos, borrosos, con sus ojos bicolors, envueltos en la poesía de las tierras distantes y el misterio de las aguas sin fin dejadas atrás...

Uno era inglés y venía del Cabo, el otro era italiano e iba al Brasil. A su encuentro salía toda la flota de los cambulloneros, una "manta" de botes cargados de naranjas, de plátanos, de pájaros que revoloteaban en el desperezo alegre de la mar. La luz del amanecer bañaba el oro de la fruta. Manteníanse los botes sobre los remos, mecidos al paso largo y dulce de las ondas que llegaban de fuera.

De tiempo en tiempo, el tío Cachito paraba de bogar y

miraba hacia adelante. Desde que dejara el abrigo del muelle se iba diciendo ya resignado a la rechifla temida:

— ¡Ahora!

Y añadía en voz alta encarándose con Amparo, sentada al timón:

— ¡Verás como esos "indinos" nos jeringan!

Cachucha, otro cambullonero que navegaba próximo al tío Cachito, miró al borracho con cara de judío ahorcado y rompió a cantar a voz en cuello:

*Dichoso aquel que tiene
su casa a flote
su casa a flote*

Cachito perdió los estribos y le mentó la madre. Pero el otro se echó a reír con sus dientes ralos, y sus mandíbulas de trampa de lobo.

— ¡Cállate, jumera! —le voceó—. ¡Mira que te abordo y te echo a pique el mueble!

Tenique terció en la contienda.

— ¡Eh, tú! ¡Cierra el pico! ¿No ves que va la chica? ¡Va ya una entraña!

Cachucha miró burlonamente a Tenique y replicó, babeando toda su bilis maldita en cada frase:

— ¿Con que la chica, eh?... ¡Vaya con la princesa!

Y sostuvo la mirada a Tenique en actitud de reto. Tenique largó los remos, saltó al bote de Amparo y de un brinco cayó en la lancha de Cachucha. El arranque fue tan impetuoso

NOTICIA DE MIGUEL SARMIENTO

El escritor Miguel Sarmiento Salom nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1876. Su padre, miembro del Partido Republicano Federal, era capitán de fragata y continuó la industria de astilleros que su familia poseía en la citada capital. El pequeño Miguel Sarmiento hizo sus estudios en su ciudad natal y posteriormente marchó a Barcelona para estudiar Derecho, carrera que no concluyó al sentirse más atraído por el mundo artístico-litético. En la capital catalana estuvo en contacto con la vanguardia artística de la época. Comenzó a colaborar desde allí en periódicos de Las Palmas y en la Ciudad Condal fundó un diario en el año 1904 con el nombre de "La Tribuna". También escribió para diarios barceloneses como "La Vanguardia". Asimismo, en una breve estancia en Las Palmas fundó el periódico "La Ciudad", en 1907. Casó en Mallorca en 1912, en donde vivió hasta 1923, año en que

la familia viene a Las Palmas, con el ofrecimiento de escribir una Guía de Gran Canaria, trabajo que inició con entusiasmo, pero que nunca llegó a concluir. Murió en 1926.

Su obra no es muy extensa. Entre su producción hemos de destacar sus novelas cortas "Muchachita" y "Así" y una recopilación de cuentos con el título de "Al largo". Publicó también otros relatos cortos como "El presidario", "Jeromo" y "Pitujilla". Hizo, además, algunas traducciones al catalán.

Miguel Sarmiento fue un escritor intimista, de prosa limpia y depurada. "Si tuviéramos que clasificar a Sarmiento dentro de los periodos tradicionales de la literatura —ha escrito María Jesús García Domínguez—, lo colocaríamos dentro del modernismo. Sin embargo su obra es muy peculiar, personalísima. La insularidad marca profundamente su alma".

LA JAIRA

so, que a Cachucha le faltó tiempo para remar y huir. Al cabo iba Tenique a ajustarle las cuentas a aquel cobardón que sólo le provocaba desde lejos y en la mar.

El espectáculo inesperado fue acogido con gritería ensordecedora. Muchos cambulloneros pusiéronse de pie para gozar mejor de la paliza. Ante el nublado que amenazaba, Cachucha se refugió en el fondo de la lancha. De allí le sacó Tenique y forcejeó por zumbullirle. Con la riña se volcó una cesta, y las naranjas se derramaron en el agua flotando en reguero, a veces de sangre, a veces de oro.

Absortos en la batalla, no advirtieron los cambulloneros que el vapor inglés se les venía encima. Cuando la sirena aulló el trasatlántico había metido la proa en el apelmazamiento de los botes. La dispersión fue general, cada uno escapó por donde pudo. Arriba, asomados a la borda del vapor, un grupo de marineros, calzados de botas de agua, habían suspendido el baldeo y contemplaban la lucha. Uno de ellos llamó a alguien que andaba en la cubierta, varias manos señalaron a los contendientes, y el chorro de una manguera cayó como latigazo en las espaldas de Tenique. La ducha calmó los rencores. Incorporóse Tenique y abarcó la situación: había cometido una tontería. Mordió las injurias que le borbotaban en la boca; sonrió a regañadientes, y saltando de un bote a otro, se fue al "Celaje". Después buscó en torno suyo a Amparo. Encontráronse sus miradas: la de él interrogaba; la de ella agradecía.

VI

Desde aquel entonces abandonó Cachito el socaire del muelle y se fondeó lejos de los demás cambulloneros. ¡Una locura! Y más aquel día en que el levante refrescaba con muy mal cariz. Juan Tenique intentó que el viejo tornara a su anclaje de costumbre; pero el abuelo, indignado por los insultos de Cachucha y demás ralea, alzó los hombros y no cambió de sitio. Pensó Tenique comunicarlo al cabo de matrícula, y renunció a ello. Bastaba lo ocurrido aquel amanecer para que se comentase en tabernas y muelles su afición a Amparo. No quería bromas. No se las consentiría ni a los más amigos.

El viejo se fue pronto a tierra en la chalana, en que su hija y él iban y venían del muelle a bordo. Y allá quedó la moza en el bote zarandeado por los mares, expuesto al paso de los remolcadores. Al mediodía distinguió Tenique la cabeza de Amparo por sobre la borda, después desapareció y el cambullonero no columbró más a su prima en todo el resto de la tarde. Y así, sin verla y sin regresar del muelle el viejo, cerró la noche tras de un crepúsculo breve y cárdeno.

A la puesta del Sol comenzaron los chubascos. Oculto en las sombras, largó Tenique la amarra y se fue hacia el bote del tío Cachito. Aguantándose sobre los remos, gritó a la muchacha que se acogiera al abrigo del muelle, a lo que respondió Amparo, con su imperturbabilidad de costumbre, que no necesitaba auxilio de ninguno y que allí permanecería aunque su padre no regresara en toda la noche.

— ¡Deja el bote ahí, y vámonos a tierra! —le voceó el cambullonero.

A lo que contestó la Jaira en tono de burla:

— ¡Eso es lo que tú querías!

Y desapareció. Llamóla Juan en vano. Y al fin, viendo que le daba la callada por respuesta, ció, manteniéndose de proa al mar, y fondeó a popa y a corto trecho del bote. Allí estaría Garibaldi para vigilar, y allí estaría Juan para ofrecer su auxilio.

El cabeceo de "Celaje" y la vigilia le rindieron al fin. Dormitaba Tenique, cuando el perro saltó por sobre de él y salió ladrando hacia proa. De un brinco el cambullonero se levantó. Entre la lluvia y las tinieblas una voz le llamaba: "¡Juan! ¡Juan!" ¡Era Amparo! Miró Tenique y no alcanzó. Lanzábase a proa para soltar la amarra, cuando un maretazo sacó de la obscuridad el bote del tío Cachito y lo arrojó contra el "Cela-

je". El encontronazo fue tan rápido y violento, que Juan sólo pudo tender los brazos a la moza. Empujado por la mar, el bote de Amparo viró en redondo mientras que la mujer, cogida a Tenique, perdía el equilibrio, se deslizaba por sobre de la borda y caía al agua.

VII

Tenique la extrajo a pulso, y el bote abandonado se sumió en la noche. Llovía torrencialmente. Mojada, tiritando, y medio desvanecida, Amparo se dejó conducir por el cambullonero. Juan la depositó bajo cubierta, la estrechó entre sus brazos. La mar, la madre terrible de todos ellos, los pobres desamparados de la costa, se la ofrecía.

Al recobrase, Amparo intentó desasirse.

— ¡No, llévame a tierra!

— ¡A tierra! Con el chubasco no se ve nada. Si remando se atraviesa el bote nos perdemos.

— Yo te ayudaré. Remaré contigo. ¡Hala!...

Amparo intentó arrastrarse hasta la escotilla. Pero Juan la retuvo.

— ¡Te digo que no puede ser!

Y al notar que la muchacha persistía en salir a cubierta, añadió:

— ¡Ven acá! ¿No lo comprendes? Así que amaine el tiempo o aclare el alba iremos adonde tú digas.

— ¡Ah! ¡Eso es lo que quieres tú!

Aquella duda que Amparo le demostrara tantas veces acerca de sus intenciones le ofendió. Tiró Juan de su camiseta, y desnudo de medio cuerpo arriba retrocedió para salir.

— Ahora soy yo el que se va a nado, o como pueda.

Amparo se incorporó y le sujetó por un brazo.

— ¡Déjame!

— ¡No!

Quedáronse tendidos uno junto al otro. A sus pies se removía el perro; a través de la amura se percibían las mares que azotaban el bote; sobre cubierta repiqueteaba la lluvia, con golpecitos de un baile monótono trocado en farándula estrepitosa a cada racha. Y entre el rumor del viento y el agua percibíase a veces el sollozar de Amparo.

Lloraba, sí. Aquel carácter enjuto que no se doblegó ni derramó jamás una lágrima, en las escaramuzas frecuentes de la niñez en el Puerto; aquella mujercita terca que había resistido impávida los golpes de su padre borracho y el mal humor de la madrina cruel, hallaba al fin el consuelo de llorar. ¡Pobres lágrimas de penas no lloradas porque no fueron comprendidas; y que al cabo de los años se despertaban al conjuro del dolor presente y del cariño también!

El apego y la protección de Tenique la conmovían. Mientras fue chiquilla, mientras su conciencia no traspasó el minuto actual, ni se preocupó del pasado ni de lo venidero, se rió de los arrechuchos de su primo y rechazó a puntapiés sus audacias. Pero ahora era muy diferente: rendíanla el impulso de la sangre moza, el miedo al mañana pavoroso, y la convicción de su miseria que la hacían apreciar mejor el querer desinteresado de aquel hombre compañero leal de su niñez y desventura.

— ¡Amparo! —exclamó Tenique en voz baja y cariñosa.

Se acercó a la muchacha, le buscó con la boca los ojos en la obscuridad, recogió en los labios las lágrimas y se las ofreció en un beso.

Y desde aquel día Garibaldi no ladró más a Amparo. ¡Era la dueña!

(Concluirá en nuestro próximo número)